LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 25 DE NOVIEMBRE DE 1889 — NÚM. 413

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PIERRETTINE, cuadro de Clairin, grabado por Baude (Salón de París de 1889)

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *El vestido de mi hija*, por don Ricardo Revenga. – *Un mártir desconocido* (conclusión), por don Luis Coll. – *Los Dioses de ayer y los Dioses de hoy*, por don Ramiro Blanco.

GRABADOS – *Pierrettine*, cuadro de Clairin. – *El Duque de Wellington*, grupo escultórico de Boehm. – *Limpieza de armamento*, cuadro de Hocker. – *Tigre con su presa*, dibujo de Ricardo Friese. – *El genio de las artes*, estatua de Adolfo Cencetti. – *Partida de campo aguada*, cuadro de Hotschenreiter. – *Desde la muralla*, cuadro de Meifrén. – *Jarrones de la Exposición Universal de París.* – *Suplemento artístico: Un grito de venganza*, cuadro de Gabriel Nicolet.

NUESTROS GRABADOS

PIERRETTINE, cuadro de Clairin

Salón de París de 1889

Hay bellezas seductoras por lo dulces y otras temibles por lo atrevidas: la pintada por Clairin pertenece á esta segunda categoría. Su boca es la propia malicia condensada en dos rojos labios, su nariz ligeramente arremangada es toda una tentación y sus ojos son la provocación misma encarnada en dos negras y brillantes pupilas. Clairin ha sacado gran partido de este picaresco rostro encuadrándolo en vaporosas muselinas, caprichosos lazos y sedosos y rubios rizos, agregándole un busto de combas irreprochables y un cuerpo esbelto y de admirables proporciones, vistiendo esa figura con el elegante traje de *pierrette* y envolviendo ese dechado de gracias en gasas transparentes que aumentan la ilusión que produce tan hermoso conjunto.

El tinte general del cuadro es simpático y fino, el rostro de la linda joven rebosa expresión y la actitud, aunque á primera vista parece un tanto forzada, resulta natural si se tiene en cuenta que la *Pierrettine* está preparada para el baile y cuidadosa, por esta razón, de hacer la menor presión posible sobre las delicadas telas de su traje.

EL DUQUE DE WELLINGTON, grupo escultórico de Boehm

El escultor ha modelado con tal acierto el rostro y la figura del ilustre general inglés que, al decir de sus compatriotas, es imposible dejar de reconocer el carácter de raza y los rasgos físicos del héroe de Waterloo llegando aquéllos hasta afirmar que la estatua con su actitud reposada y su semblante atento y grave expresa fielmente las cualidades morales que distinguieron al vencedor de Napoleón I.

No menos bien ejecutado está el hermoso caballo que le sostiene; pero en donde más se admiran la originalidad y el talento del escultor es en los soldados puestos en los cuatro ángulos de la base del monumento que saliéndose de los moldes generalmente aplicados á esa clase de figuras secundarias, tienen vida propia, por decirlo así, y atraen la atención casi tanto como la figura principal gracias á la naturalidad de sus posiciones, á la expresión de sus caras y al vigor con que el artista ha sabido modelarlos.

LIMPIEZA DE ARMAMENTO, cuadro de Hocker

El pintor alemán, cuyo cuadro lleno de verdad y de vida reproducimos, nos transporta á bordo de un gran acorazado. El momento escogido para el cuadro es el en que la tripulación, después de haber hecho los ejercicios de tiro, se ocupa en limpiar las armas con la febril actividad que caracteriza á los marinos y que es indispensable en ellos si han de practicar regularmente los múltiples trabajos que el servicio exige. El tripulante de un barco de guerra tiene que estar familiarizado como el marino mercante con las maniobras del velamen, de la cabuyería y del timón; debe conocer el manejo del fusil como un soldado de infantería y el del cañón como un artillero; ha de tener conocimientos de carpintería, saber nadar y remar y hacer otra porción de cosas de que el hombre de tierra apenas puede formarse idea. La limpieza, los ejercicios de vela, de combate y de batería, la instrucción y las guardias le ocupan casi todo el día y algunas noches, pudiendo decirse que no tiene más descanso que las horas de comer y de dormir, que por cierto no pecan de excesivas, y como complemento de tantas fatigas está sujeto á una disciplina mucho más severa que la del ejército territorial que castiga las menores faltas con rigurosísimas penas.

TIGRE CON SU PRESA, dibujo de Ricardo Friese

Es indudable que para apreciar en toda su belleza y casi diríamos en toda su majestad á una fiera hay que verla obrar impulsada por el más natural de sus instintos, la lucha por la existencia, y acosada por la más imperiosa de sus necesidades, el hambre. Así lo ha comprendido Ricardo Friese, autor de otro dibujo «Leones acechando á una caravana» no menos celebrado que el «Tigre con su presa» que hoy publicamos.

El tigre, una vez dueño de su botín, emprende desatentada carrera tronchando cuanto á su paso encuentra y salvando con la ligereza y la elasticidad que le son propias así las altas vallas como los anchos fosos hasta llegar á sitio seguro en donde pueda devorar tranquilamente su presa.

Friese nos presenta el terrible felino en el instante de internarse entre las malezas de un rincón solitario que poniéndole á cubierto de la codicia de sus congéneres le permitirá refocilarse en sangriento festín después de despedazar á su inocente víctima: el dibujo está ejecutado con una valentía y una naturalidad que justifican la fama que el autor se ha conquistado en esta especialidad en que muy pocos han logrado igualarle.

EL GENIO DE LAS ARTES, estatua de Adolfo Cencetti

Esta estatua cuyo original fué esculpido por el reputado escultor italiano Cencetti se alzó en el frontis de la galería de Bellas artes en la Exposición nacional italiana de Roma de 1883, y más tarde una reproducción de la misma figuró en la Exposición italiana de Londres que en 1888 organizó M. Whitley en Kensington Garden á semejanza de las que en los años anteriores se habían celebrado allí mismo bajo el patronato del príncipe de Gales.

La figura es de proporciones colosales y está ejecutada con gran acierto y en su actitud y expresión revela la grandiosidad del genio que representa.

PARTIDA DE CAMPO AGUADA, cuadro de H. Hotschenreiter

El día había amanecido esplendoroso y el protagonista de nuestro cuadro seguido de su fiel perro había abandonado desde muy temprano la aldea con el propósito de pasar la mañana recorriendo el campo convertido ya en verde y mullida alfombra salpicada de flores de vivos colores y suave fragancia. De repente una ligera nubecilla aparece en el horizonte, poco á poco se agranda, júntase con otras que en distintas direcciones se han formado y el cielo, momentos antes límpido, se ennegrece y sin dar tiempo á que el buen hombre se guarezca en lugar seguro descarga una lluvia torrencial que el infeliz sufre mal resguardado debajo de la copa de un árbol, contemplando la aldea que á lo lejos se ofrece á su vista y renegando de sus aficiones campestres que le han puesto en tan duro trance.

Tal es el asunto del lindísimo cuadro de Hotschenreiter: si lo ha tratado bien, díganlo por nosotros nuestros lectores después de haberse hecho cargo de la verdad con que está ejecutada la interesante figura del desdichado excursionista en cuyo semblante se adivina toda la congoja que su comprometida situación le causa.

DESDE LA MURALLA, cuadro de Meifrén, grabado por Sadurní

Ya en otras ocasiones hemos dicho que Meifrén no contento con vencer las dificultades naturales que el mar ofrece parece complacerse en crearse otras de que con facilidad hubiera podido prescindir sólo para darse el gusto de dominarlas. Así lo demuestra su cuadro «Desde la muralla» en el cual logra hacer grata á la vista la más antiestética de las líneas, la línea recta, y dar vida y belleza á una figura perfectamente geométrica que tan rebelde se ha mostrado siempre á la pintura: para obtener este resultado le ha bastado colocar en primer término dos bonitas figuras, señalar en el fondo como manchas apenas perceptibles las velas latinas de algunas lanchas y pintar un cielo de informes nubes que al confundirse con el mar en el horizonte suaviza la crudeza de la línea horizontal y al reflejarse en el agua rompe la monotonía de color de la superficie.

JARRONES de la Exposición Universal de París

Magníficos son, cada uno en su género, los tres jarrones que en el presente número reproducimos y que están tomados de entre los mejores ejemplares de la sección inglesa de la Exposición Universal de París.

El primero representa un grupo de ninfas pescando y está ejecutado según el elegante dibujo de M. Solón, por el procedimiento de pastas sobrepuestas *(pâte sur pâte)* que consiste en sobreponer á la pasta de un color otras de diferentes colores para obtener, siguiendo un dibujo trazado de antemano, un adorno polícromo inalterable sin el auxilio de la pintura.

El segundo más sencillo que el anterior no le cede en belleza ni en elegancia así por su forma como por los bonitos grupos de flores y de hojas trazados con exquisita delicadeza y con una finura de colorido que honra á la casa Haviland y C.ª que lo ha expuesto.

El tercero, salido de la Real fábrica de porcelanas de Worcester, mide 24 pulgadas de alto y es del más puro estilo oriental: el cuello, el pie y la tapadera están cincelados primorosamente; el fondo es de un color de marfil pálido y los realces son de color de marfil viejo; las asas, de forma algo extraña, figuran ser de bronce antiguo con incrustaciones de cobre y la parte inferior encaja aparentemente en un adorno de bronce aplicado al jarrón que sirve de base á tres magníficos pavos reales. El tono general del jarro es suave y agradable en extremo y el conjunto ofrece un aspecto tan elegante como rico.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UN GRITO DE VENGANZA, cuadro de Gabriel Nicolet

Los desalmados beni m' guild han sorprendido el miserable aduar de una pobre tribu árabe y después de haber saqueado á sabor sus ruines cabañas han pasado á cuchillo á algunos de sus habitantes quizás por el enorme delito de oponer débil resistencia á sus desmanes: las viudas y los deudos de los infelices inmolados al furor de los rebeldes prorrumpen en alaridos de venganza cuando, alejados los asesinos, divisan á las tropas del sultán que avanzan por el fondo.

Nada hemos de añadir á esta ligera descripción de nuestro grabado: cuanto pudiéramos decir acerca del asunto y del modo cómo lo ha tratado Gabriel Nicolet habría de ser una repetición de lo que dijimos en el número 393 de esta ILUSTRACIÓN al ocuparnos de la «Cadena de prisioneros de una tribu rebelde en Marruecos» que entonces dimos también como Suplemento artístico y que es el complemento de «Un grito de venganza.»

La que tomó el sultán de sus súbditos insurrectos fué digna – dentro del orden de ideas dominante entre aquellos pueblos bárbaros – de las crueles hazañas por ellos realizadas.

¡Desgraciados países los que de tales crueldades dan ejemplo! ¡Cuántas responsabilidades no pesan sobre ellos y más aún sobre los pueblos cultos que no han dirigido todavía sus esfuerzos á iniciarles siquiera en los goces de la civilización!

EL VESTIDO DE MI HIJA

– Sesenta pesetas de alquiler de casa, diez á la muchacha, veinticinco al sastre, cuarenta y tres á la tienda de ultramarinos; gastos menores como: sereno, aguador, suscripción á «El Liberal» etc., pongamos diez pesetas: total, ciento cuarenta y ocho; restan hasta doscientas cincuenta, ciento dos. ¡Ah! se me olvidaban veintisiete pesetas al zapatero por las botas de mi mujer y de la niña; ciento dos menos veintisiete, son setenta y cinco; setenta y cinco pesetas, es decir, quince duros justos. Estoy divertido: con quince duros es imposible que coman treinta días cuatro personas; mejor dicho, cinco, porque la muchacha, esa asturianota incivil, come por dos, y si la dejaran, por dos docenas. ¡Bonito porvenir! Y nada; no hay solución; ¡yo no sé de dónde diablos sacar dinero! En fin, comeremos, hasta que comamos, y después... después Dios dirá y dirá tal vez que no comamos.

Estas cuentas tan poco galanas hacíalas Filiberto García, y al conocer por los números su situación, comenzó una serie de reflexiones, mientras mordía el extremo de su pluma y se rascaba nerviosamente la frente, buscando la solución de un problema más difícil que el del movimiento continuo: el de convertir quince duros en cuarenta.

Barajóse los sesos sin que brotase una idea salvadora, y cuando iba á pedir ayuda, esto es, cuando iba á llamar á su mujer para que ella hallara la solución, apareció en la habitación en que Filiberto se hallaba, la que iba á ser llamada.

– ¿Te ha pagado el editor? – fué la pregunta que hizo Filomena, que así se llamaba la mujer de aquel desdichado, que elevaba los ojos al cielo en demanda de un milagro semejante al de la multiplicación de los panes y los peces.

– Sí, – respondió Filiberto, – me ha dado cincuenta duros.

– ¡Cincuenta! ¡Ay, cuánto me alegro! ¿De manera que no te ha descontado los diez que le pediste?

– He logrado que se espere al mes que viene. Me los descontará cuando le lleve traducida la novela en que ya estoy trabajando.

– Vamos, respiro; mañana mismo le compro un vestido á la niña; la pobrecita no tiene qué ponerse.

– ¿Qué? ¿qué dices?

– Ya lo has oído; creo que ya es hora de que mi hija tenga un vestido al menos con el cual pueda salir á la calle.

– Sí, mujer, sí; hora es, ya lo creo que es, pero lo malo es que aun siendo hora, esa hora no tiene cuartos.

– Pues aun cuando no coma, la niña no se queda sin vestido, – replicó Filomena, mal humorada.

– No te apures, que no comerás, pero tampoco tendrá vestido la niña. ¿Pedías una cosa? pues ya tienes dos.

– ¡Pero, hombre!

– ¡Pero, mujer!

– Pensabas con cuarenta duros que se comprara el vestido, y ahora con cincuenta...

– Antes de tenerlos, imaginé que cuarenta duros eran cuatro mil reales y ahora que tengo cincuenta he averiguado, merced á unas sencillas operaciones de adición y sustracción, que cincuenta duros no son más que mil reales y que con esa cantidad pagando todas esas partidas, comeremos quince días de este noviembre, dichoso mes que empieza con Todos Santos, y ayunaremos los otros quince días de este noviembre, dichoso mes que acaba con San Andrés y acabará con mi paciencia, y con todos nosotros.

– A ver, trae esa cuenta.

– Toma, y que Dios te ilumine.

Examinó Filomena la cuenta, y cuando llegó al total, se pintó en su cara una profunda tristeza.

– ¡Quince duros! – dijo; – ¡quince duros! Es verdad, con quince duros no podemos vivir todo el mes. Y yo que había consentido á la niña... ¡Pobrecita!

Después guardó silencio durante largo rato.

Filiberto apoyó los codos sobre la mesa delante de la cual estaba sentado y cubrióse los ojos con las manos.

Filomena sintió que dos lágrimas resbalaban por sus mejillas. Apresuradamente secó sus ojos con el extremo de su delantal, y al fijarse en su marido, le miró un instante con cariño inmenso; hizo un esfuerzo para que la tristeza desapareciera de su rostro y para que una sonrisa asomara á su boca. Separó las manos de su marido, que le cubrían los ojos, y obligándole á levantar la cabeza dijo:

– No te apures, hombre; te ahogas en un dedal de agua. Se salvó la situación.

– ¿Cómo? – contestó Filiberto asombrado.

– Tú sabes sumar, pero no sabes restar. Mira, de las veintisiete pesetas del zapatero, resta veintisiete; de las veinticinco del sastre resta diez, y como en la tienda de ultramarinos pagas cuarenta y tres, claro es que adquieres un crédito de otro tanto, con lo cual podremos vivir todo el mes sin que ni un solo día te falte tabaco, partida que habías olvidado y que es de importancia, pues todos los días te fumas un real.

– Hija mía, no te entiendo del todo.

– ¡Qué torpe eres en cuestiones de hacienda! Oye; como el zapatero tiene gran confianza en mí, porque fué zapatero de mamá y me calza desde que tenía seis ó siete años, puedo no pagarle hasta el mes que viene; por ese lado, adquiero veintisiete pesetas; al sastre no se le deben más que veinticinco pesetas de cuarenta y tres duros que se le debían; dándole tres durejos se quedará tan contento; ¡qué más quisiera él si todos le pagaran como nosotros! Al ultramarino se le paga y vuelta á empezar; de manera que contamos con setenta y cinco pesetas y veintisiete: ¿cuántas son?

– Ciento dos.

– Ciento dos y diez, ciento doce; esto en efectivo metálico y cincuenta en *créditos* contra el ultramarino, ciento sesenta y dos, con lo cual será dichoso el mes que media con San Eugenio y acaba con San Andrés. ¡Qué tal! ¿tengo ó no tengo talento? – preguntó Filomena irguiéndose y aparentando orgullo.

– Déjame que te abrace, – dijo Filiberto abrazando á su mujer; – eres un Necker, un Figuerola, un Camacho. ¡Qué! mucho más; en cuanto haya una crisis te propongo ministra de hacienda, y si no salvas la situación de España, doy á mi patria por tan desahuciada que ni el mismo Doctor Garrido la salva. Eres una joya, mujercita de mi alma. Otro abrazo y otro y otro, y como premio á tu talento ahí va este beso y de adehala estos mordisquitos en la punta de la nariz.

Y mientras esto decía acompañaba la acción á la palabra.

– Se salvó el país; pero ahora que caigo, mi hija se queda sin vestido por ahora. ¡Pobre niña de mi alma! ¿Para eso no hay solución?

Calló Filomena y nuevamente se pintó en su rostro profunda tristeza; mas pronto se repuso y dijo:

– ¡Qué importa que lleve el vestido remendado y feo si en cambio tiene una cara de ángel!

– ¡Ay! á mí me hace mucho daño pensar que la niña va á sufrir y á llorar cuando sepa que el domingo no podrá salir con su prima por no tener vestido.

– No sufrirá, ni llorará; es tan buena y tan inocente que con cualquier cosa se la engaña. Yo la engañaré diciéndola que no podrá tenerlo hasta más tarde, porque se lo hemos encargado á París para que sea más bonito, y el domingo jugaré con ella á visitas.

Estas últimas frases las oyó la interesada, la niña á quien sus padres no podían comprar un vestido.

Matilde, – que este era su nombre, – saliendo de entre un *portier* que cubría la puerta de la habitación en que se hallaban sus padres, se dirigió hacia el sitio en que estaba su madre, muy despacito, y se colocó junto á ella, sin que se notara su presencia hasta el momento que apoyó su linda cabecita sobre las rodillas de su mamá.

– Hija mía, – dijo Filomena acariciando los rubios cabellos de la niña, – ¿dónde estabas?

– Ahí, – respondió Matilde señalando al *portier*.

– ¿Y qué hacías allí? – repuso la madre con cierto tono de severidad.

– Nada, – dijo la niña asustada al ver la seriedad con que la hablaba su mamá.

– Escuchabas nuestra conversación. Eso es una cosa muy fea, y las niñas que tal cosa hacen...

– Pero, mamaíta, – interrumpió la niña con voz ahogada por las lágrimas que comenzaron á correr por sus mejillas, – si no escuchaba.

– ¿No sabes lo que decíamos?

– Sí, sí, decías que para engañarme, jugarías conmigo y que...

– Pues si sabes todo eso, ¿cómo dices que no escuchabas? Habré de castigarte severamente, por escuchar tras de las puertas y por mentir.

– No, mamaíta, no, si yo no escuchaba, pero oía sin querer.

– Salga V. inmediatamente de aquí, bribonaza, – dijo la madre esforzándose por aparecer incomodada.

– ¡Ay, mamá! – dijo la niña llorando silenciosamente, – ya me voy, ya me voy, pero no me riñas.

Se llevó la pobre niña las manos á los ojos enturbiados por las lágrimas, y á pasitos cortos, muy cortos, se dirigió hacia la puerta, volviendo de cuando en cuando su celestial carilla, más interesante en aquel momento por el infinito dolor que en ella se pintaba. Al llegar á la puerta volvió por última vez la cabeza, esperando que la llamara su madre, ó bien que la dirigiera una mirada, que ella conocía y sabía que anunciaba el perdón; pero su madre ni la miró ni desarrugó aquel tan temido ceño de juez inexorable. Salió entonces la niña de la habitación, y quedándose tras de la puerta, comenzó á sollozar y suspirar tan tristemente que conmovió á su padre, quien dijo en voz muy baja y dirigiéndose á su mujer:

– Eres demasiado severa con la niña; la pobrecilla se queda sin vestido y para consolarla...

– Matilde, – interrumpió Filomena.

– ¿Qué quieres, mamá? – dijo la niña, apenas había sonado la última sílaba de su nombre, apareciendo en el dintel de la puerta. – ¿Me vas á perdonar?

– Sí, hijita mía, sí; tu mamá y yo te perdonamos. Ven aquí, sobre mis rodillas, dame un beso y repite á tu papá que tú no escuchabas sino que oías sin querer ¿verdad?

– Sí, papá.

– Pero otra vez no volverás á oir, ni aun sin querer, – dijo la madre.

– No, mamá. ¿Me quieres?

– Sí, te quiero, hija mía, cuando eres buena.

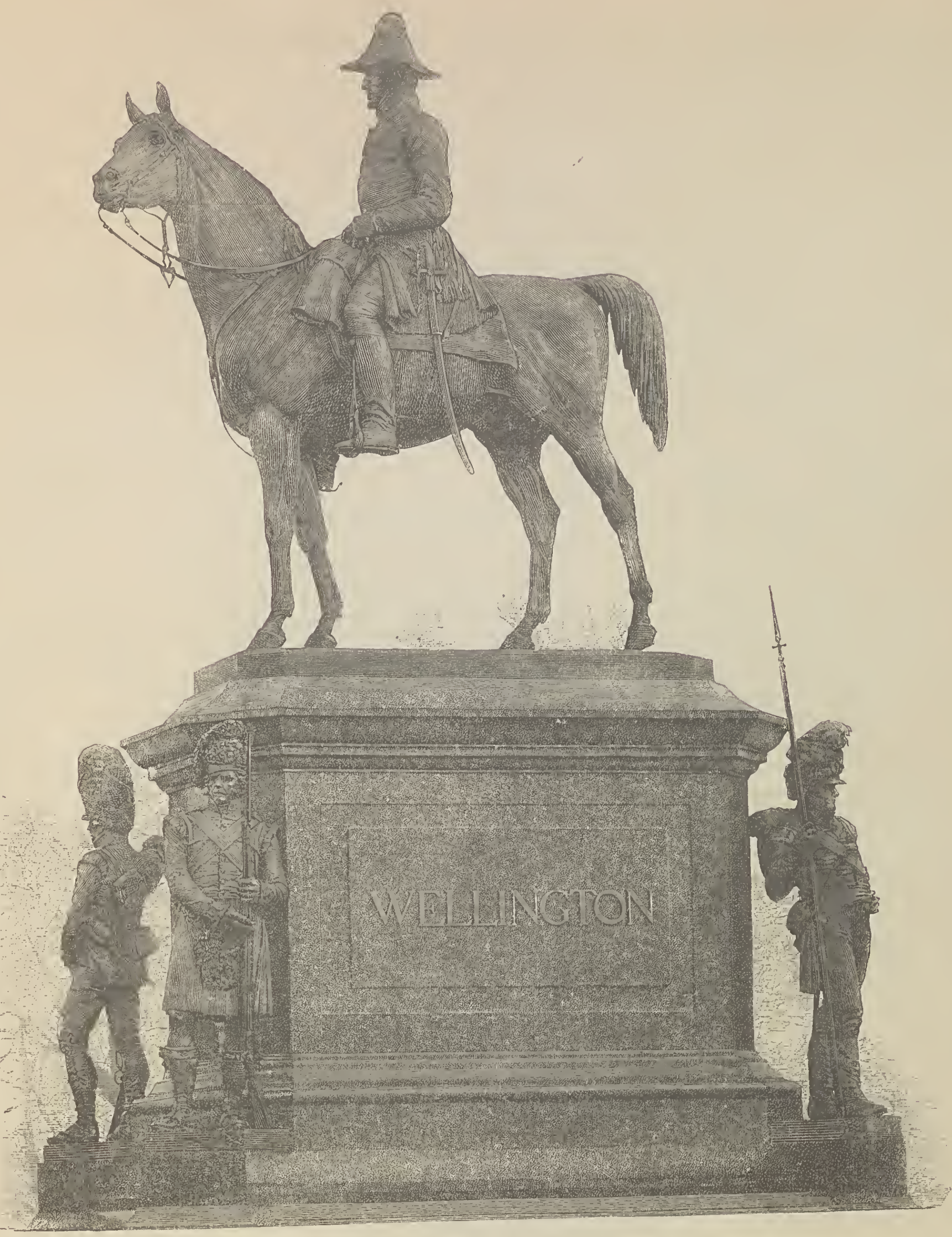
– Yo seré siempre buena para que me quieras mucho, mucho, aunque no me compres vestidos y quieras engañarme.

Al oir esta frase que probaba la inocencia de la niña, no pudieron sus padres evitar que la risa saliera á sus labios. La madre en un momento de entusiasmo, cogió á la niña en sus brazos y comenzó á besuquearla en toda la cara diciendo:

– Pero, Dios mio, ¡qué hija más hermosa la mía! ¡Qué cara y qué ojos y qué boca y qué todo! tienes más talento...

– Pero mira, no tengo vestido, – replicó la niña, ya sonriente y conociendo que se había hecho dueña de la situación.

– Ahora no lo tienes, pero ya lo tendrás, – dijo Filiberto, y añadió: – Escucha, hija mía; tu papá es pobre y no tiene dinero para comprarte el vestido, pero eso no debe importarte. ¿Qué prefieres? que tu papá te quiera mucho ó que te compre un vestido?



EL DUQUE DE WELLINGTON, grupo escultórico de J. E. Boehm

– Las dos cosas, – contestó la niña haciendo un gracioso mohín.

– Pero es que hoy no puedes tener más que una, – dijo Filiberto besando los dorados cabellos de la niña.

– Yo quiero lo que tú me dés, papaíto.

– ¿Y no llorarás por no tener vestido para ir á paseo el domingo?

– No lloraré si mamá juega conmigo á visitas y tú me cuentas todos los días un cuento, muy largo, muy largo y muy bonito.

– Te contaré todos los que quieras.

– Pues cuéntame uno ahora, anda!

– ¿Ahora?

– Sí, papá.

– Bien, hija. ¿Quieres que te cuente el del Pulgarcillo?

– No, ese ya lo sé.

– ¿El de Las tres bolitas de oro?

– Tampoco; uno nuevo, anda, papá.

– Bueno, vamos á ver lo que sale. Pues señor; érase que se era allá por los años en que los animales hablaban y en que la Santa Virgen bajaba de cuando en cuando á este valle de lágrimas á repartir dones á los pobres y á los buenos.

En un lejano país que está al otro lado del mar, vivía en una modesta choza una familia compuesta de padre, madre y una niña que tendría siete ú ocho años. Era el padre, á quien llamaban el tío Juan, un pobre leñador, que cortando leña y yendo á venderla á la ciudad próxima apenas si podía ganar lo bastante para sostener á su mujer y á la pobrecita niña. La madre de la niña, que como el padre era ya viejecita, estaba muy enferma, por lo mucho que durante su vida había trabajado y por las muchas privaciones que había sufrido. Llamábase la niña...

– ¿Cómo? – interrumpió Matilde.

– Pues se llamaba Filomena.

– ¡Como mamá! ¡Ay, qué gusto! todavía no sé si es buena y ya sólo por eso la quiero.

– Muy buena era la pobrecilla Filomena. Cuando su padre iba al monte á cortar leña, acompañábale su hija y le ayudaba á cargarla sobre los lomos de un borriquillo que constituía con la choza en que habitaban, toda su fortuna. Cuando marchaba á la ciudad á vender la leña, hacía Filomena todas las labores de la casa, cuidaba á su madre paralítica, con el esmero de una persona mayor, y tenía siempre dispuestas para cuando su padre volvía, las sopas de ajo que constituían su cena. Para aquella pobre niña no había horas de descanso ni de juego. Llegó un crudísimo invierno, el frío atería el delicado cuerpo de Filomena cuando para ayudar á su padre subía á la sierra vecina. Como no hay mal que por bien no venga, aquel frío que tanto mortificaba á la niña llevó cierto bienestar á su choza, pues como apretaba el frío vendíase más leña y á más precio. Aumentaron los ingresos hasta el punto de que la madre de Filomena se vió un día poseedora de la exorbitante cantidad de veintiocho reales que destinó á comprar un pañuelo con el cual se abrigara su hija. No solicitó Filomena tal regalo, sino que por el contrario se opuso á que en ella se gastara el dinero tan penosamente ganado alegando que jamás tenía frío, por más que en ocasiones el frío la hiciera llorar. No desistió la madre de su empeño y ordenó á Filomena que fuera á la ciudad vecina á comprar el susodicho pañuelo. Partió sola la niña, pues por su parálisis no podía acompañarla su madre, y su padre tenía aquel día y los siguientes que cortar leña. Llegaba la niña á las primeras casas de la ciudad, cuando vió á unos chicuelos que estaban martirizando á un pobre pajarito al que habían cortado las alas y al que casi arrastraban tirando de un hilo que habían atado á una de sus patas. El pobre animalito piaba tristemente y al pasar Filomena le dirigió con sus ojillos negros y redondos una mirada como de súplica para que le librara de aquellos bárbaros tormentos.

¡Pobre pajarito! pensó Filomena y en voz alta dijo:

– Chicos, que le hacéis mucho daño; quitadle ese hilo que le martiriza y devolvedle su libertad, para que cante por los campos y vaya á su nido en donde le esperan sus hijuelos.

Los chicos la miraron con asombro y la respondieron con dureza.

– ¿Quién te mete á tí, puerca, en lo que nosotros hacemos? – dijo uno de ellos; – el pájaro es mío y puedo matarlo si me da la gana.

—¡Ay! pero no lo matarás, ¿verdad? – dijo Filomena asustada.

– Cuando quiera. ¿Apuestas algo á que lo estrello contra esa piedra?

– No, no lo mates y yo te daré...

– ¿Cuánto me das por él? – dijo el perverso chicuelo.

– Lo que quieras si lo has de matar.

– Dame una peseta.

Titubeó un instante Filomena, pero al ver un ademán del chico amenazando estrellarlo y al oir que el pajarillo piaba, dijo sacando una peseta de las siete destinadas á comprar el mantón que había de resguardarla del frío:

– Toma; el pájaro es mío.

Lo tomó con gran cuidado entre sus manos, desanudó el cordón que le sujetaba por una de sus patas y le soltó. Emprendió el pájaro un rápido vuelo, causando gran asombro en los chicuelos que dijeron:

– Mira cómo vuela! y eso que tenia las alas cortadas!

Subió y subió el pájaro hasta perderse de vista allá en el cielo. Continuó Filomena su camino hacia la ciudad y al poco rato sintió un ligero golpe en su hombro izquierdo; miró y vió al pájaro á quien había dado la libertad parado en su hombro y dirigiéndola una mirada de agradecimiento; trató de ahuyentarle, pero el pájaro no se movió. Hasta aquel momento no había pensado en que para adquirir el pájaro había gastado una peseta que necesitaba para comprar su pañuelo. – Ya me lo darán por seis, pensó para consolarse; pero llegó á la ciudad y no pudo encontrar quién le vendiera un pañuelo por el dinero que tenía. Ocurriósele entonces una idea luminosa: por seis ó siete reales compraré una vara de bayeta, me haré un cuerpecito, y para qué necesito pañuelo? de este modo aun con la peseta gastada en el pájaro produzco un ahorro á mi madre. Hizo lo que había pensado, volvió á su choza, refirió á su madre cuanto había pasado, le enseñó el pajarito, y su madre enternecida dióla un larguísimo beso.

A los pocos dias de esto ocurrió una gran desgracia.

Iba el padre de Filomena montado en su borriquillo en dirección á la sierra; trepaba el animal por junto á un barranco, cuando dió un paso en falso y cayó arrastrando en su caída al pobre tío Juan.



LIMPIEZA DE ARMAMENTO, cuadro de Pablo Hocker



UN GRITO DE VENGANZA, cuadro de Gabriel Nicolet



TIGRE CON SU PRESA, notable dibujo de Ricardo Friese, grabado por B. Doring



EL GENIO DE LAS ARTES, estatua de Adolfo Cencetti

El asno quedó muerto y el tío Juan quebróse una pierna. La más espantosa miseria tomó posesión de la choza de Filomena; ya ni un mendrugo de pan había. La valerosa niña tomó una resolución extrema. Iré yo al monte, se dijo, cortaré leña é iré á venderla á la ciudad. Una mañana muy temprano el sol con sus rayos no besaba aún la tierra; aprovechando un momento en que sus padres dormían vencidos por el dolor ó debilitados por el hambre, salió Filomena de su choza. Apenas pisó el campo, el pajarito, que no la había abandonado, se posó sobre su cabeza. Llegó la niña al monte armada de su hacha; con sus manecitas comenzó á dar golpes sobre las ramas de los árboles, pero inútilmente; le faltaban las fuerzas.

Al ver su desgracia, comenzó á llorar. El cansancio, el hambre y el sueño la rindieron y quedóse dormida junto al tronco de un árbol, teniendo entre sus manos el hacha. Al poco tiempo despertó y con gran extrañeza vió á su lado un inmenso montón de leña. Su alegría fué inmensa. Esto, pensó, lo menos vale veinte reales. Dios me ayuda.

Intentó echarse aquella carga á la espalda, pero era demasiado pesada. Nuevo desaliento se apoderó de ella; alzó los hermosos ojos al cielo en demanda de socorro, y entonces el pajarito cogió con el pico la carga de leña, colocó á la niña sobre sí, y alzando el vuelo, en pocos segundos llevó á la niña á la ciudad, en donde vendió la leña trasportada también por el pajarillo mágico.

Esto mismo se repitió muchos días. Por fin sanó el padre de Filomena. El primer día en que el tío Juan pudo ir al monte á trabajar, fué Filomena á ver al pajarillo que dormía siempre en un rinconcito junto á su cama y el pájaro había volado; en su lugar encontró un papelito y un clavo. El papelito decía: «Este clavo atravesó los pies de Jesús en la cruz; si sigues siendo tan buena como hasta ahora lo fuiste, pide, que el clavo dará; que Jesús dijo: Dejad á los niños que vengan á mí, y ama á los niños que son como tú!»

Filomena pidió al santo clavo la salud para su madre y el bienestar para todos y el clavo le concedió cuanto deseaba.

– Y ahora, – dijo Filiberto, – colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

– ¡Ay, qué bonito, papá! – dijo Matildita; – pero dime, ¿sabes si Filomena pidió al clavo un vestido bonito para ir el domingo á paseo con su prima?

– Creo que sí, – respondió Filiberto.

– ¡Ay, quién tuviera ese clavo! – repuso la niña.

Durante un momento guardó silencio Filiberto, mas de pronto, dándose una palmada en la frente, dijo:

– Yo tengo ese clavo. ¿Sabes cómo se llama? Amor filial. El domingo tendrás el vestido; – y pensó:

– Esta escena y este cuento de niños, los escribo, y quizá algún periódico me compre el artículo que resultará si acierto á trasladar cuanto se me ha ocurrido.

. . . .

EPÍLOGO

La hija de Filiberto estrenó al siguiente domingo un precioso vestido.

RICARDO REVENGA

UN MÁRTIR DESCONOCIDO

(Conclusión)

La causa y la prisión depararon nuevas privaciones y nuevos sufrimientos al infeliz León. Su mujer trabajó para ocurrir á tantas necesidades. Pero el trabajo de una mujer es insuficiente para sostener una casa, un marido encausado, unas niñas de poca edad. León se dirigió á sus antiguos jefes; pero estaban en extranjero suelo, comían el pan de la emigración, no amargo para todos, y nada, según aseguraban, podían hacer por el ignorado mártir de la política... León fué condenado á muchos años de presidio.

Separado de su familia, abandonado por todos, son indecibles los sufrimientos de León. Por sus malhadadas aficiones políticas, se veía condenado á presidio; y su familia, á la miseria. ¡Cuántas veces maldijo sus ideas y á los que las habían predicado! ¡Cuántos ilusos como él se veían sepultados en el presidio, mientras sus jefes vivían como príncipes destronados, pero al fin y al cabo como príncipes! Si él cumpliera su condena y se viera de nuevo en libertad, no se lanzaría jamás á las quijotescas aventuras de los revolucionarios... Así pensaba León; que siempre es tardío el arrepentimiento y el propósito de la enmienda.

Los presos políticos, al menos los de ciertas clases, son objeto de burla y enemistad de los demás presidiarios. Tal vez esa repulsión se explica por la ley física y moral de no poder asimilarse elementos heterogéneos. Ello es que los ladrones y los asesinos se creen con derecho – ¡triste derecho en verdad! – á ser los únicos moradores de las cárceles, siendo, según ellos dicen, «los hijos de la casa.» No comprenden que los pobres, «metidos á políticos,» sean tan cándidos que se lancen á la revolución, á no ser «para robar á dos manos y cortar muchas cabezas.» Por lo demás, son revolucionarios á su modo.

– Los pobres – afirman – deben hacer guerra á los ricos; pero guerra á su bolsa y á su cuello.

Y dirigen á «los políticos,» según se les llama en tales casas, las bromas y burlas más groseras.

Así, es frecuente oir diálogos como este:

– ¿Con que tú eras político?...

– Sí.

– ¿Y estás en presidio?...

– Ya lo ves.

– ¡Bah! tú «no sirves para el paso.» La verdadera política es robar con política: robar «á lo ministro,» y no «caer preso.»

Los moradores de las cárceles no entienden gran cosa en achaques de desinterés y puritanismo. No comprenden que nadie se lance «á cosas serias» sin que le quede «carne entre las uñas,» aunque se «manche» las manos.

– Vamos á ver: ¿qué eras tú antes de «meterte» á político?...

– Albañil.

– ¡Vamos! viene á ser lo mismo. Estás harto de tejados, y querías subir á otras alturas. Aquí tenéis un aspirante á ministro, y ya sabéis que todos los ministros son buenos albañiles... para limpiar las arcas del tesoro.

Otras variantes del mismo género.

– ¿Tú querrás la redención social?

– Naturalmente.

– Y te han crucificado por meterte á redentor. ¿Y no querías comer del presupuesto?

– Ni querré.

– Y ahora comes del rancho del Estado, que no comen los que se van «de naja» al extranjero. ¿Y tampoco querrás la esclavitud?

– Claro que no.

– Y ahora vas cargado de cadenas. ¿Y habrás predicado contra el robo y contra la prostitución?... Y ahora, si quieren comer, tus hijos robarán; y tu mujer y tus hijas... ya sabes.

– Justo castigo á su necedad, – añade algún compañero ó «consorte.» – Si cuando se arma una buena «tremolina» supieran «enfangarse»... Pero ¡que si quieres! No saben más que poner letreros de – «Pena de muerte al ladrón,» y no saben añadir: – «de la Nación.»

Pocas veces son contestadas tan groseras bromas y tan pérfidas insinuaciones, pero no dejan de producir sus efectos en los pobres fanáticos políticos. Así sucedía á León, que al principio recibió de su mujer frecuentes cartas y algún socorro. Pero después las cartas escasearon; y los socorros, más. Hasta que llegó un día en que no hubo ni una ni otra cosa. En sus últimas cartas le hablaban de lo imposible que les era la vida. Su mujer ganaba escasamente para comer, no podía cuidar de sus hijos ni educarlos, hacía de su porvenir funestas predicciones, y revelaba su desaliento y su impotencia para lucha tan ruda y continuada... ¡Pobre León!

Pero no hay plazo que no se cumpla, y se cumplió el de su condena. Recobró su libertad, y salió curado de sus antiguas aficiones. Ya no se proponía pensar más que en el trabajo y en el bienestar de su familia. Si no sabía de ella, no se debía sorprender. Su angustiosa situación, su absoluta carencia de recursos, la habría obligado á no escribir, á no atormentarle con noticias tristes, á ocultarse de él. Buscó, pues, á su familia, pero en vano. Trató de inquirir noticias, de averiguar su paradero, pero en balde. Unos nada sabían. Otros no querían hablar.

Entretanto buscó trabajo, pero fué también vano propósito. Se conocían bien sus aficiones, y se dudaba mucho de su curación. Por otra parte, no es en la clínica en que había estado donde se obtienen mejores curaciones. Se sabía que había estado en presidio; y, aunque se vaya por política, de presidio suelen traerse malos hábitos. Además era viejo; y ni los viejos ni los presidiarios son los predilectos de los talleres. Se sabía igualmente que, sin fuerzas para luchar con la desgracia y la miseria, sus hijas se habían entregado al vicio y sus hijos al crimen, mientras había desaparecido su mujer, tal vez para no presenciar tanta degradación... Y León huyó también, creyendo que en tierras lejanas le sería posible ocultar el sambenito del presidio y la deshonra

No dice la historia si lo consiguió. Lo que sí dice es que nunca pudo acallar los gritos de su conciencia, que le acusaba despiadada de haber labrado su desgracia y la desgracia de su familia, por su malhadado fanatismo. Su exaltación política había ocasionado su pobreza y su prisión, la prostitución de sus hijas, el crimen de sus hijos, la deshonra de todos. Y ¿quién agradecería su inútil y su estéril sacrificio?... ¿Quién lo conocía siquiera?...

Por lo demás, ni aun se sabe cómo murió León, pues pocas veces se sabe cómo, ni dónde, ni cuándo han muerto esos mártires ignorados. Es más: ni suele saberse si viven, ó si han muerto.

Héroes sin corona, mártires sin aureola, esos fanáticos políticos, alucinados por teorías que deslumbran y predicaciones que fascinan, acaban por morir oscuramente, ó por *vivir* en un manicomio. Sólo Dios sabe lo que deben sufrir á solas con su conciencia.

En el oleaje de la sociedad no suele notarse la *desaparición* de ciertos hombres. Y cuando desaparece alguno como León, los más de sus amigos se concretan á decir:

– ¿Qué habrá sido de él?... Era «un hombre consecuente;» un hombre de buena fe.

Y esta frase, cuando más, le sirve de oración fúnebre.

LUIS COLL

LOS DIOSES DE AYER, Y LOS DIOSES DE HOY

CUENTO.

I.

Después de tantos siglos de holganza, los dioses del Olimpo dieron en aburrirse del modo que conviene á su alta categoría: soberanamente.

Era natural, y hasta de prever, que algún día les sucediera aquel percance; por caprichosos y antojadizos que fuesen ¿quién diablo, ó quién dios, no se cansa de hacer tonterías un año y otro año, un siglo y otro siglo, sin interrupción, paseando por el universo su inmortal majadería? Resolvieron, pues, dedicarse al *dolce far niente*, que como toda dulzura asaz prolongada, cuanto más eterna, acabó por degenerar en insufrible aburrimiento.

El caso era grave, y reuniéronse los dioses para discutir el peliagudo problema de hacer más llevadera su empecatada inmortalidad. Propusiéronse, al efecto, grandes



PARTIDA DE CAMPO AGUADA, cuadro de H. Hotschenreiter



DESDE LA MURALLA, cuadro de Meifrén, grabado por Sadurní

fiestas para divertir á aquellas señoras diosas, que dormían perezosamente en sus lechos de nubes, y sólo se despertaban para bostezar de una manera escandalosa; tratóse de celebrar una carrera de caballos... (y aun hay quien asegura que se llegó á ensillar el Pegaso); Apolo y las Musas brindáronse á disponer, *gratis*, una velada literaria en honor del señor Publio Ovidio Nasón, autor de las *Metamorfosis;* Saturno se ofreció graciosamente á devorar, delante de la concurrencia, un par de criaturas; y, en una palabra, se redactó un programa variado y prometedor de múltiples encantos.

Pero ya porque los pareceres fueran opuestos, ya porque á Júpiter, sin el incentivo de otra Danae, se le hubiera olvidado la receta para convertirse en lluvia de oro (por cuya razón no se encontró ni un céntimo en las arcas del tesoro olímpico), el resultado fué que las cosas quedaron como estaban, y *todo dios* tornó á verse cariacontecido y cabizbajo como los simples mortales cuando no hallan medio de conjurar una crisis de trascendencia.

De pronto, Juno, que es diosa de arranque y gran inventiva, dió por resuelto el problema presentando una proposición que á todos pareció de perlas. Tratábase de tomar las de Villadiego y marcharse por ese espacio infinito en busca de aventuras; tiempo hacía que los dioses no se mezclaban en los asuntos de los mortales, y un viajecito de recreo siempre resulta ameno, instructivo y agradable cuando se hace con comodidad.

Aplaudióse el pensamiento, y comenzaron los preparativos.

Cada dios unció á su carro el animal que le está consagrado: mochuelos, águilas, cabritos, asnos, dragones, hidras, perros y gallos, leones y grifos..., no quedó un bicho para un remedio en la casa de fieras del Olimpo, y después de muchos saludos y despedidas, cada cual tomó la ruta que mejor le pareció, quedando al cuidado de la casa los dos únicos domésticos de que nos hablan los libros: Hebé y Ganimedes.

Júpiter se decidió á viajar por la tierra, donde sabía que era á la vez adorado y temido; esperaba encontrar á cada paso por el mundo, grandiosos templos consagrados á su divinidad, y restregábase las manos gozando anticipadamente con la ovación que esperaba obtener.

Tales pensamientos bullían en la mente del terrible Júpiter mientras atravesaba el espacio que separa el cielo de la tierra, aguijoneando sin cesar el águila, que ya era muy vieja y no estaba para aquellos trotes; cuando de pronto fijáronse sus miradas en un ser de pequeñas dimensiones que se movía rápidamente, merced á unas alitas doradas que le nacían cerca de los omoplatos.

Iba ya á interrogar al transeunte; pero deteniendo éste el vuelo y mirándole á su vez, exclamó alegremente:

– Salud, papá Júpiter.

– ¡Hola! ¿eres tú, Cupido?

– Unos me llaman así, y otros el *Amor;* pero soy el mismo.

– ¿Y por qué me llamas papá?

– ¡Toma! porque lo dijo Cicerón en su libro tercero *De Natura Deorum.*

– ¡Vaya una razón, hombre!

– ¿Te parece floja? Si citándote un texto autorizado no te convences, es que eres ó muy testarudo, ó muy ignorante.

– Escucha, pequeño; lo que tú llamas textos autorizados pueden decir muchas sandeces... Pero por lo visto ¿te dedicas á la erudición?

– ¡Psh! algunas veces me trae Mercurio algún librote de allá abajo.

– ¿Hace ahora ese zascandil el comercio de libros?

– ¡Ya lo creo! Y no le va mal,... entiende muy bien el negocio; la experiencia le ha enseñado que ni la historia, ni la geografía, ni la ciencia, ni las grandes obras clásicas, son materias que mire con cariño la gran masa de los lectores (en algunos países, por lo menos); en los mercados se cotiza con ventaja el género ligero, alegrillo, con sus ribetes de pornográfico... Con esto que te digo ya puedes ir formando juicio, querido papá, de algo de lo que por allá abajo ocurre.

– Verdaderamente que excitas mi curiosidad.... Pero mira, no me llames papá, porque no me gusta cargar con culpas ajenas.

– ¿De quién soy hijo, entonces?

– Que te lo cuente tu abuela.

– ¿Y quién es mi abuela?

– ¡No lo sé!

– La verdad es que en el Olimpo hay tal galimatías en materia de parentescos que nadie se entiende. Y hablando de otra cosa ¿adónde vas?

– A la Tierra.

– ¡Feliz casualidad! también yo voy á ese planeta. Si te parece, podemos hacer el viaje en compañía.

– No tengo inconveniente. ¿Y dónde has dejado á mamá Venus?

– No sé qué dios le hacía guiños y se marchó con él.

Hablando de esta suerte Júpiter y Cupido volaban á más y mejor, dejando atrás millones de leguas, hasta que fueron á parar sobre la cima del Monte Blanco.

Allí se abrazaron cordialmente y cada uno tomó distinto camino, no sin hacerse antes promesa de reunirse en aquel mismo lugar transcurrido un año.

II

Había dado ya Ceres una vuelta entera en derredor de Febo, por no perder la costumbre que contrajo al nacer, cuando puntuales á su cita se encontraron Júpiter y Cupido en el Monte Blanco.

Pero ¡qué caras traían! Júpiter con un entrecejo que parecía una montaña, los brazos cruzados, gruñendo por lo bajo como un jabalí... El aspecto de Cupido era el de un niño contrariado, fruncidos los frescos y rojos labios, encendidas las mejillas, húmedos y brillantes los ojos...

Ambos trataron de disimular, para no parecer menos, que á eso y mucho más obliga la dignidad de dioses; pero al querer Júpiter ensayar una sonrisa dió al traste con las conveniencias y se desató en improperios contra los mortales, poniéndolos de vuelta y media. A Cupido se le soltaron las lágrimas, haciendo pucheros como una criatura....

Aliviados con aquel desahogo, sentáronse sobre un ventisquero y mutuamente se pidieron explicaciones del viaje.

– Tú sabes (comenzó diciendo Júpiter) que en la Tierra era yo objeto de especial veneración; excuso recordarte el papel que yo representaba por acá *in illo tempore,* el número incalculable de templos y sacerdotes dedicados á mi culto, el espanto que mi voz de trueno infundía á los humanos, y el miedo que tenían á mis flamígeros rayos...

Con semejante poder era natural que al pisar este pobre mundo de hormigas me revistiera de cierta majestuosa superioridad; pero no bien inaugurada mi excursión quedéme absorto al advertir que esos miserables hombrecillos no se cuidan para nada de mí. Mucho tiempo hace ya que ni un solo templo me levantan, y de los antiguos sólo se consevan las ruinas, cubiertas de jaramagos, zarzas y malezas, refugio predilecto de murciélagos y lagartos.

Semejante espectáculo dejóme confundido, y me llenó al pronto de zozobra y luego de ira... ¿Para cuándo son los rayos? me dije. Ardiendo en sed de venganza me subí á las nubes; tomé unas, dejé otras, escogí esta, rechacé aquella y reuní las mejores y más negras, organizando una magnífica tempestad, digna de mis mejores tiempos. ¡Si hubieras visto, muchacho, qué marimorena armé en aquellas alturas! Volaban por el espacio en informes y apretadas masas los oscuros nubarrones, como ejércitos de gigantescas furias en dispersión; comencé á tronar con todas mis fuerzas, retumbando el eco en las concavidades de los valles y perdiéndose á lo lejos con sordo ruido. Después inauguré el aguacero, mandando de vanguardia á la tierra algunas gotas grandes, y cada vez que hacía así con los ojos.. ¡chis! ¡chis!.. relámpago va, relámpago viene. ¡Y qué modo de llover! Aquello no era lluvia, sino catarata...

Yo pensaba: á estas horas ya están esos hombrecillos muertos de terror; pero miré hacia abajo, y ví que cada cual atendía á su negocio, sin importársele un bledo de las nubes, ni de los truenos, ni de la lluvia, y por única providencia enarbolaron unos aparatos muy ridículos, que llaman paraguas y sirven para preservar la cabeza de una mojadura... ¿Sí, eh? Pues aguardad un poco, miserables (me dije), que ahora vais á saber quién es Júpiter tonante.

Y empuñando un manojo de rayos los lancé sobre una gran población que bajo mis plantas se extendía... Pero ¡oh, sorpresa! Costábame trabajo creer lo que mis ojos veían: ningún rayo me obedeció.... Intentaba destruir algún edificio, y afinando bien la puntería los largaba bien derechos; pero los malditos rayos, como si un poder superior al mío les condujera, se dirigían siempre hacia unas varillas metálicas enhiestas y puntiagudas que hay en todos los edificios grandes, en todas las torres, en todas las cúpulas..., y se me escapaban por allí, desvaneciéndose y dejándome con un palmo de narices...

Lleno de coraje me dirigí á la isla de Lemnos, donde sabes que Vulcano tiene establecida su fragua: y, en efecto, allí estaba luciendo su cojera de un lado para otro, animando á los cíclopes á que trabajaran de firme. ¡Como si hicieran algo de provecho!

– ¿Sabes (le dije sin saludarle) que puedes estar orgulloso de los rayos que forjas? ¡Tanto te valiera ponerte



Jarrón fabricado por el procedimiento de pastas sobrepuestas, dibujado y modelado por M. Solón para los Sres. Good y C.ª (*Exposición Universal de París*)

á hilar copos de lino, como hizo Hércules á los pies de Omfala!

– ¿Y á qué viene todo eso? – me contestó con poquísimo respeto, poniéndosele la cara aun más fea de lo que ella es de por sí.

– Viene – le dije con voz que hizo temblar la fragua – á que ya eres muy viejo, y que te sucede lo que dicen en España que le sucedió al herrero de Arganda, que machacando se le olvidó el oficio. Mejor te fuera dándote de baja, porque no lo entiendes, ni sabes una palotada de hacer rayos..

– ¡No me faltes, Júpiter, que hoy no está el horno para bollos, y si te descargo un hachazo en la cabeza vas á estar pariendo Minervas durante un siglo! Si mis rayos no son de buena calidad me importa un pito, y para lo bien que me los pagas no merece la pena de escuchar tus necias reclamaciones!

– ¡Insolente!

– ¡Majadero!



Jarrón de porcelana de la fábrica Haviland y C.ª (*Exposición Universal de París*)

Nos fuímos enzambrando de una en otra palabra, y allí fué Troya; qué tal sería el alboroto que Plutón y Proserpina abrieron un boquete en la Tierra para enterarse de lo que pasaba.

Salí de las fraguas desesperado, y dejé pasar los días, sin realizar ningún hecho digno de mención, aguardando la época de nuestra cita; pero me enteré por el mundo de que ha surgido, de no sé dónde, creo que de la mísera inteligencia humana, un dios moderno, que es quien me hace tan terrible competencia.

– ¿Es posible? – preguntó Cupido admirado.

– Como lo oyes.

– ¿Y cuál es su nombre?

– El *Progreso;* él es el inventor de esas varillas metálicas que anulan mis rayos; él ha dado al hombre una fuerza mil veces superior á la de los Hércules y Anteos, por medio de unas máquinas que llama de vapor; él le fabrica rayos más obedientes que los míos, que le sirven para comunicarse casi instantáneamente á inmensas distancias, y para proporcionarse una luz competidora de la de Febo; él le ha facilitado medios para sondear las profundidades de los espacios celestes, y mediante su ayuda ha podido analizar los elementos materiales de que los astros se componen, y las leyes que rigen sus movimientos... Con que no hablemos más del asunto. He perdido el pleito, y me vuelvo á vegetar al Olimpo, que estoy temiendo ver convertido á mi regreso en una fábrica. Despacha tú contándome tus aventuras, muchacho.

III

– ¡Pues bonitas son mis aventuras, papá Júpiter! – exclamó Cupido. – Yo entré en el mundo, como sabes, con el carcaj lleno de flechas, y la cuerda del arco bien tirante, dispuesto á no dejar títere con cabeza; pues aunque me esté mal el decirlo, á pesar de ser un chiquillo, he dado más que hacer en la tierra que otros dioses barbudos y de pelo en pecho, sin que esto sea una alusión.

Los primeros amantes (si de tales merecían el nombre) con quienes tropecé, comenzaron por arrancarme la venda, para ver de qué color tenía los ojos, y me montaron en la nariz unas monumentales antiparras, de modo que ya no soy el niño cieguecito á quien has conocido en mejores tiempos, sino que veo crecer la hierba. Al contemplarme privado de mi legendaria ceguera me irrité, y quise vengarme arrojándoles infinidad de flechas; pero ¡ca! tenían el corazón más duro que una roca y no logré clavar ninguna.

Al pronto me figuré que la casualidad me había hecho tropezar con una excepción; no tardé en convencerme de que, por el contrario, aquello era la regla general. Por todas partes corazones de granito, de madera, de hielo, de estopa, metalizados, empedernidos, blindados, resistentes como murallas inexpugnables... De nada me servía afilar á cada paso la punta de mis flechas en los guijarros del camino: ningún corazón humano se dejó clavar.

Rodando por el mundo, y tan triste y cariacontecido como puedes figurarte, acabé por sospechar que alguien me hacía la guerra.

– ¿Te salió también otro dios competidor?

– Ni más, ni menos que á tí; pero este no ha surgido, como el tuyo, del fondo de la inteligencia humana, sino de las profundidades de la tierra, de donde lo extraen los hombres arrostrando serios peligros. Se llama *Oro* esta deidad moderna, y en todos los países del mundo le han erigido soberbios templos denominados *fábricas de moneda.*

Aun me resistía á creer que tan vil metal tuviera poder suficiente para destronarme; pero acabó de convencerme un poeta á quien conocí viajando por España. Este poeta se llama Vázquez, y como me viera pensativo acercóse á mí, y sostuvimos el siguiente diálogo:

Poeta. . . Tu imperio ya se acaba;
Guarda, niño, las flechas en la aljaba.
Cupido. . . Pues y los corazones
¿Como han de conquistarse?
Poeta. . . – Con doblones.

Desde entonces perdí toda esperanza de prosperar en este despreciable pedrusco, que da vueltas como un peón, llevando consigo unos cuantos millones de infusorios humanos que ni saben á dónde van. Llegué á verme en la indigencia, sentí frío, hambre, pedí limosna...

– Pero dime, Cupido, – interrumpió Júpiter, – de nuestros compañeros del Olimpo ¿ni uno solo ejerce poder en este detestable planeta?

– Ya te lo he dicho: á Mercurio le va muy bien por acá. Quisiera yo que en vez de vagar por los desiertos (como sin duda has hecho) hubieras visto los innumerables barcos que á su servicio tiene y cruzan de continuo los dilatados mares. ¡Qué de vías férreas se han construído para él! ¡Qué fábricas, qué almacenes, más ricos! Pues nada digamos de las plantaciones de café, azúcar, trigo, tabaco, cepas y otras mil producciones agrícolas, cuya explotación crece cada día como la espuma... El *Oro* y él están á partir un piñón y siempre se les encuentra juntos. A Mercurio, más feliz que nosotros, aun se le erigen templos, que se llaman *Bolsas, Bancos, Sociedades de Crédito, Mercados, Empresas,* etc., y allí van sus sacerdotes á mascullar extrañas plegarias ó evocaciones en las que se nombra el *alza* y *baja*, el *tanto por ciento*, los *billetes*, las *acciones*, los *dividendos*, las *anualidades*, los *cambios*, el *papel*, de esto y lo otro, y muchas más jerigonzas incomprensibles...

Otros dioses de los nuestros viven también en la tierra perfectamente, y sino ahí tienes á Marte, que logra mantener á la humanidad en continuo estado de guerra; con ayuda de nuestros contrincantes el *Oro* y el *Progreso*, ha facilitado al hombre poderosos medios de destrucción y defensa, pólvora, dinamita, cañones monstruosos, blindajes, espadas, machetes, bayonetas, torpedos, granínticos fuertes inexpugnables... ¿Quién podrá enumerar las máquinas, artefactos é industrias de que se vale para asegurar su preponderancia?

Mamá Venus hace también su papel en la tierra, y sus doncellas, las tres Gracias, están más mimadas y atendidas que nunca. He podido observar en mis excursiones, que toda mujer bonita y graciosa es capaz, si se empeña, de producir los mayores trastornos en un pueblo entero, y hasta de convertir en parciales suyos á los jueces que se las echan de más rectos é incorruptibles. Por eso Themis, la pobre diosa de la Justicia, no ha podido prosperar en este suelo. ¡Los jueces que absolvieron á Fryné han dejado una larga descendencia!

Yo me maravillaba de que los hombres se dejaran seducir por la belleza, é hicieran tantas locuras, cuando me constaba que no les había herido ninguna de mis flechas; pero supe que mi amada Psiquis nada tiene que ver en este asunto, y que el reblandecimiento del cerebro, y no del corazón, es lo que produce aquel fenómeno.

Para concluir: también Caco hace fortuna, sobre todo cuando se dedica á grandes empresas, pues las de menor cuantía son penadas severamente. A Jano le va muy bien con sus dos caras. Baco posee en la tierra millones de templos y de sacerdotes que le adoran. Apolo y las musas andan bastante tronados, refugiándose en algunos Ateneos y Universidades; y finalmente, á la Verdad no la permiten salir del pozo, donde hace mucho tiempo la han arrojado.

– Veo que el viaje te ha servido de provecho, – exclamó Júpiter



El jarrón del pavo real. De la Real fábrica de porcelanas de Worcester (*Exposición Universal de París*)

– Sin duda; pero lo he pasado muy mal. Algunos días manteníame sólo con el *pan y cebolla* de algunos escasísimos amantes que aun me adoraban, pero que concluían por renegar de mí cuando llegaban á convencerse de que no había mentido el poeta que les dijo:

Sed con cebolla felices,
que ya el diablo tentador
pedirá amor y perdices;
y luego... perdiz y amor;
y luego... solo perdices.

– De lo que hemos visto, – exclamó el soberano de los dioses, – deduzco, mi pobre Cupido, que los hombres no han hecho mal en aceptar al *Progreso* como dios moderno; él les da comodidades materiales sin cuento, y les hace la vida más fácil y agradable. Pero todo cuanto han adelantado bajo el punto de vista puramente material, lo han perdido en lo referente á la parte moral, desdeñándote por el *Oro*... Eso de postergar la verdad, la justicia y el verdadero amor, ha de traerles males sin cuento, y esa será nuestra venganza. ¡Huyamos, Cupido, á refugiarnos en nuestro Olimpo, que sólo para nosotros existe, y no volvamos más á pisar este desdichado suelo!

– ¡Vámonos! – murmuró el dios de los amores.

Y quedándose un momento pensativo, exclamó de pronto:

– ¿Sabes lo que me parece la sociedad humana?

– Dilo, hijo mío.

– Pues una sociedad... protectora de los animales.

Ramiro Blanco

Imp. de Montaner y Simón